

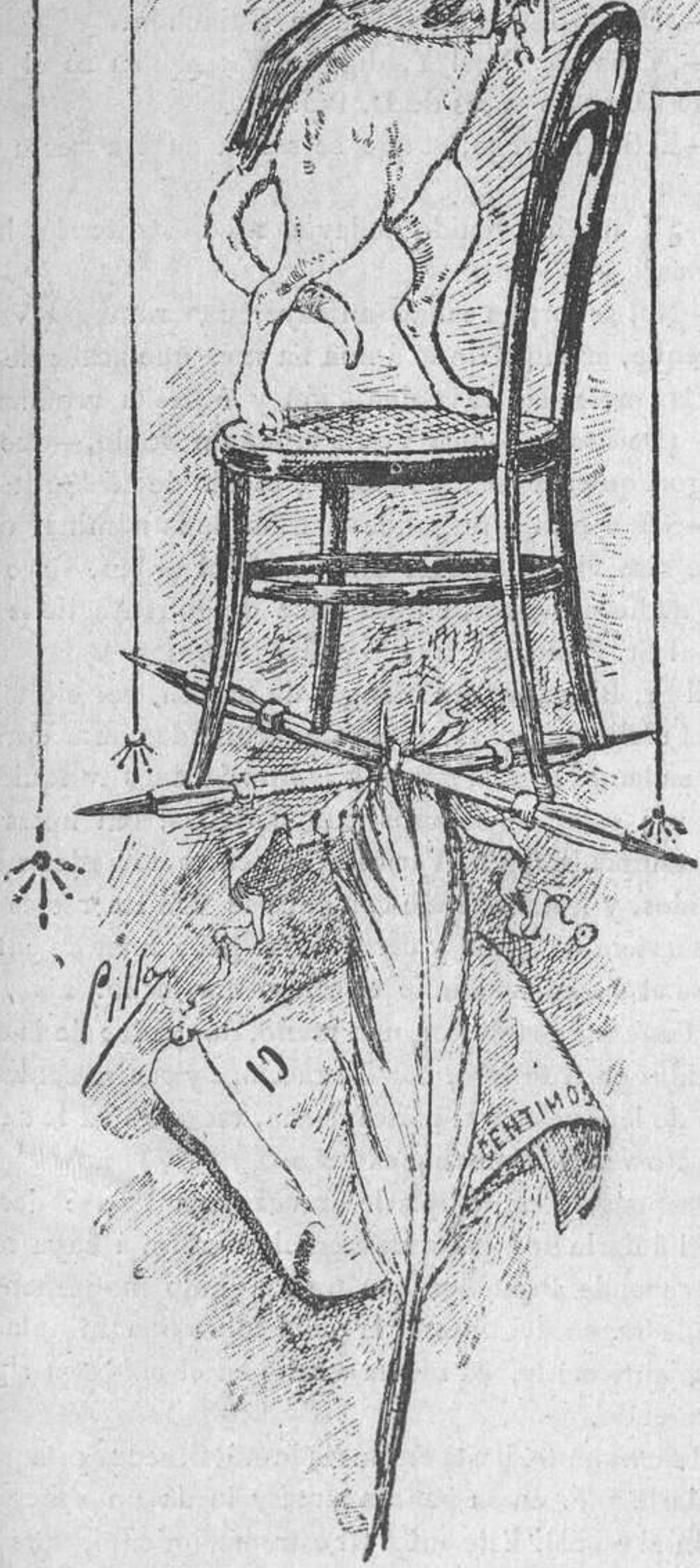
EL CASCABEL



Núm. 18. EPOCA TERCERA Año I.

SILUETAS, por Mecachis.

NUESTROS CLOWNS



El payaso viene a ser como una especie de actor, con la sola diferencia de que el payaso es mejor.

REDACTORES

Bustillo (D. Eduardo).
 Cavia (D. Mariano de).
 Jackson Veyan (D. José).
 López Silva (D. José).
 Palacio (D. Eduardo de).
 París (D. Luis).
 Paso (D. Manuel).
 Pérez Zúñiga (D. Juan).
 Sierra (D. Eusebio).
 Taboada (D. Luis).
 Torromé (D. Rafael).
 Yráyoz (D. Fiacro).

COLABORADORES

Todos los buenos escritores festivos.

DIBUJANTES

Angel (D. Manuel).
 Cilla (D. Ramón).
 Escaler (D. Ramón).
 González (D. Melitón).
 Sáenz Hermúa (D. Eduardo) (*Mecachis*).

Advertencia.—Queda prohibida la copia de los trabajos insertos en EL CASCABEL



El calor, además de su propiedad de dilatar los cuerpos, tiene otra muy notable: la de paralizar los expedientes.

Decimos esto bajo la impresión que nos acaba de producir una visita hecha á cierta oficina del Estado en persecución de los trámites de un asunto por demás engorroso.

Durante la canícula, el aspecto de algunas dependencias oficiales es curiosísimo.

Al entrar en el edificio, comienza V. por encontrarse varios porteros soñolientos y rodeados de botijos, que contestan (los porteros) á la pregunta más sencilla empleando los peores modos, tal vez porque la fuerza del calor les deja sin ánimos para contestar en forma cortés.

Del negociado de los botijos pasa V. á otro cualquiera, y desde luego lo hace con más facilidad que en el invierno, pues las puertas están abiertas de par en par; los porteros, ocupados en dormitar, no oponen obstáculo á la circulación del público, y ni siquiera tiene V. que molestarse en levantar los portiers, porque éstos se hallan en vacaciones desde el simpático día del desestero.

Penetra V. en el despacho donde tantas veces penetró con idéntico fin, y al entrar no ve V. nada absolutamente. Tan entornado está el balcón para que el calor no moleste y las moscas no dejen huellas sobre los expedientes, que es facilísimo saludar á cualquier armario tomándole por un funcionario probo.

Acostumbrada la vista á tan inoportunas tinieblas, puede V. irse aperciendo de que de las seis mesas del departamento hay dos ocupadas y cuatro solitarias y mudas.

—¿El Sr. González?—pregunta V.

—No está—contesta un joven escribiente con una sequedad realmente inverosímil, dado el número de vasos de agua que hay sobre su mesa.

—Le esperaré—dice V. candorosamente.

—Va V. á cansarse, caballero,—añade el empleadito —porque González está en Santander con licencia.

—¡Ah, vamos! ¿Y el Sr. Minutilla?

—En el Escorial.

—¿Y D. Pío?

—¿D. Pío López? Ese está en Chinchón.

—¡Vaya por Dios! Y, dígame V.: ¿quién es el que suele hacer las veces de D. Pío?

—El Sr. Borrego; el que se sienta en esa mesa del rincón.

—¿Y no ha venido todavía, no obstante la hora que es?

—No, señor; ha salido anteayer con rumbo á Villazopeque, acompañando á una tía suya que acaba de sufrir las molestias de la dentición y necesita reponerse.

—¿De suerte,—dice V. un tanto amoscado,—que no tengo á quién consultar sobre el estado de mi asunto?

—Señor mío,—responde el niño de la nómina, dándose aire violentamente con una Real orden,—¿yo no soy nadie? Además, en esa mesa de enfrente tiene usted al Sr. Pipitáñez, que le podrá informar.

El Sr. Pipitáñez (en mangas de camisa, por cierto) se halla reclinado sobre el pupitre, profundamente dormido, sudando la gota gorda y lanzando unos ronquidos, que ora semejan sollozos entrecortados, ora notas de mal templado fagot. Varios expedientes le rodean impávidos, y fraternizando con ellos se ven los restos de un servicio de limón y cerveza que poco antes de entregarse al sueño consumió el celoso empleado. Este, en fin, tiene un abanico en una mano, dos dedos de la otra metidos en el tintero, por distracción, y cuatro centímetros de lengua fuera, por capricho, todo lo cual le da un aspecto verdaderamente extraño.

Después de contemplarle breves instantes, se decide usted á darle una palmadita en el hombro, á cuya caricia responde Pipitáñez con un ronquido monumental, saca la mano del tintero, la pone sobre una minuta inconscientemente, da media vuelta en el sillón y sigue durmiendo.

El escribiente, hasta entonces inmóvil, se levanta para ayudarle á V. en su penosa tarea y le da un soberano capón al oficial. Este sufre tal estremecimiento, que al estirar el brazo envía dos expedientes al fondo de la ponchera, y ésta, perdiendo el equilibrio, cae al suelo con gran estrépito.

Pipitáñez despierta entonces, asustado, bosteza, se limpia el sudor, y restregándose en el pelo aquella mano que parece un calamar en su tinta, le pregunta á V. qué se le ofrece.

—Quisiera—contesta V.—saber si ha informado la Dirección sobre mi asunto, porque me interesa muchísimo.

—Aquí tiene V. el expediente—añade el empleado, abrochándose el chaleco;—pero si le he decir á V. la verdad, no se ha tocado desde fines de Mayo; porque á causa de *la calor* faltan diez oficiales de los trece que hay, y como estoy yo sólo para llevar el peso del trabajo, me es imposible atender á todo, y eso que no descanso un momento.

Al oír semejantes horrores, V. no sabe qué responder ni qué partido tomar, dudando si pegar un tiro á Pipitáñez ó ponerse á bailar con él unas sevillanas. Por fin, sale V. á la calle renegando de su casta, de los empleados, del Gobierno y de la hora en que V. nació, y después de maldecir el calor y sus consecuencias, espera V. resignado que llegue el invierno para volver á las andadas.

Lo malo es que en el invierno sucede lo mismo que en el verano; porque si no hay funcionarios con licencia, los hay con pulmonía ó con resfriado.

Total, igual.

*
*
*

Estos días vienen los periódicos poniéndonos los dientes largos con la descripción de las fiestas que se están celebrando en Valencia.

Juegos florales, corridas de toros, batallas de flores, *tracas* por aquí, músicas por allá...

Eso es saber divertirse y saber atraer forasteros.

Menos mal que en Madrid, si no hay ahora juegos florales, los hay *forestales* (llamemos así al *monte*), y no faltan corridas de varias especies, y hasta tenemos de vez en cuando batallas, no precisamente de flores, pero si de lechugas y cebolletas en la plaza de la Cebada.

¡Lástima grande no poder estar con los amigos Cavia y Laserna en la patria del Cid y de Navarro Gonzalvo, de la cual conservamos tan gratos recuerdos!

En fin, roguemos al cielo por el restablecimiento del patriarca *Lagartijo*, y pidámosle (al cielo también) que no nos llegue la última hora sin haber vuelto á las orillas del Turia.

Sería un dolor irse á otro planeta sin haber contemplado de nuevo á las muchachas de Valencia; porque (dicho sea con perdón, y mejorando lo presente, y sin agraviar á nadie) son de lo mejorcito que se ha inventado en materia de mujeres.

¡Dios las bendiga!

JUAN PÉREZ ZUÑIGA.

CURSILERÍAS DEL ÁLBUM

Se ha extendido la afición desde el hotel al figón, y en estos últimos días llevo escritas las poesías que copio á continuación:

EN EL DE UNA COCINERA

Asándome á las parrillas están tus gracias sencillas, y te escribo *con deleite* aunque me manches de aceite con los dedos, las quintillas.

¡Cuando dores un capón, ó estofes una perdiz, ó ases un tierno lechón, piensa en este corazón, que está ardiendo el infeliz!

*
*
*

¡Oh, Tomasa peregrina! No guises en tu cocina ni me sirvas en tu mesa más que *un sí á la mayonesa* y *un besito en galantina*.

¡Pon á tu sal justo precio:

dale á mi amor *el aliño* que necesita el muy necio, y no *frias* mi cariño en *la sartén* del desprecio!

EN EL DE UNA CIGARRERA

¡Preparadora especial del *veneno nacional!* ¡Modelo de la pureza, con pañuelo á la cabeza y vestido de percal!

Ya que en *la labor* confío, dame tus *emboquillados*. ¿Si estás, dulce dueño mío, en *la sección de liados*, qué te importa un nuevo *lio?*

Si llegases á dudar de mi cariño insensato, estoy, hermosa Pilar, dispuesto á hacerte un contrato en un *papel de fumar*.

De tus manos superiores sale el tabaco mejor. ¡Otórgame tus favores, que quiero de *tus labores* ser el único *inspector!*

EN EL DE UNA HORCHATERA

En la coronada villa
no hay una muchacha igual.
¡Ole la sal de Sevilla
sirviendo *zarzaparrilla*
con leche y al natural!

Sírveme tu corazón,
y si algo quieres, lo pides,
que tengo ya, Encarnación,
ganas de que me convides
con un *chico de limón*.

Del *jarabe* de tu pico,
dame también, que es muy rico;
mas, no me des la tostada
de obsequiarme, en vez de un *chico*
con un *grande de cebada*.

Si te llaman por ahí,
no hagas caso y ven aquí.
¡Horchaterita del cielo,
deja para otros *el hielo*
y dame tu fuego á mí!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

EJERCICIOS GIMNÁSTICOS

Los que no han salido de Madrid por falta de recursos, ó por odio á los viajes, ó por miedo á lo desconocido, se dedican á los recreos propios de la estación, y toman horchata, pasean en calzoncillos por el comedor y asisten al circo ecuestre.

No hay cosa peor que acostumbrarse á estos espectáculos. Empieza uno por ir á ver la pantomima acuática, y acaba por enamorarse de los ejercicios de una amazona, ó de los juegos malavares de un *jongleur*, ó de los saltos prodigiosos de un *clown*.

Nadie está libre de contaminarse, y el espíritu de imitación nos conduce muchas veces á realizar ensayos peligrosos.

El niño de los señores de Gorrete ha visto trabajar á Mademoiselle Periquet sobre un caballo en pelo, y desde aquel día no hace más que subirse á los muebles y querer que la criada se eche de bruces sobre los ladrillos, para ponerse de pie en la rabadilla y azotarle los lomos con una caña.

La otra tarde estuvo á visitar á los señores de Gorrete un sacerdote extremeño, que ha venido á la corte á conferenciar con Rico, el de la salchichería, y en cuanto le vió el niño se puso á darle latigazos y á pasarle la mano por la piel, como si se tratara de un potro amaestrado.

Ofendióse el presbítero, como es natural; pero Gorrete, padre, le tranquilizó diciéndole:

—No se incomode V., D. Robustiano. Son cosas que hace esta criatura desde que estuvo en el circo. En cuanto ve á una persona robusta, se hace la ilusión de que es una caballería.

Nada tiene de extraño que los niños quieran imitar á los domadores y traten de seguir las huellas de los equilibristas. Hay personas formales que vuelven del circo y se ponen á dar volteretas en la cama, ó bien cogen á sus señoras por debajo de los brazos y las arrojan sobre un baul, para probar sus fuerzas.

—Anda, Nicasia, súbete á la mesa y lánzate sobre mí, á ver si consigo reciberte en mis brazos, como hace la

familia Mariani—dice á lo mejor un marido cariñoso, hincando en tierra la rodilla y preparándose á recibir á su esposa.

Ella, por complacerle, se arroja desde la altura y derriba al marido, y rompe con la frente una jofaina, y cae por último sobre la mesa de noche, haciéndola polvo.

Pero al día siguiente se olvida todo y vuelven los ejercicios gimnásticos, en los que toman parte, no sólo los cónyuges, sino también la criada y un amigo que va á visitarlos y á quien dice el amo de la casa:

—Hombre, me alegro de que vengas.

—¿Por qué?

—Porque me vas á hacer el favor de echarte en el suelo, boca arriba. Tengo el capricho de ver si me sostengo con una sola pierna encima de tu vientre.

—¡Demonio!

—Anda, hombre; no tengas cuidado.

El amigo se somete de mala voluntad y pasa por lo de eoharse en el suelo; pero en cuanto le ponen el pie en la barriga, se incorpora furioso y empieza á descargar cachetes sobre todos los circunstantes, empezando por su amigo y concluyendo por la esposa de éste.

La monomanía de la gimnasia suele traer consecuencias graves. Hay un senador vitalicio, hombre serio, que forma parte de sinnúmero de comisiones parlamentarias y es autor de una obra sobre «los orígenes del Municipio y la desaparición de la media luna de la culta Europa», el cual senador se presentó la otra noche en la Sociedad Geográfica, con un ojo lo mismo que un meringue.

Al verle los demás socios le preguntaron solícitos cuál había sido la causa del descalabro, y el hombre contestó que se le había caído encima una cuñada suya; pero la verdad fué que quiso hacer juegos malavares con dos botellas de agua de Seltz, y una se le vino encima del ojo y con la otra rompió la lámpara del pasillo y una sombrerera de cuero, y por poco mata á la senadora, que estaba en aquel momento dándose colorete detrás de una puerta.

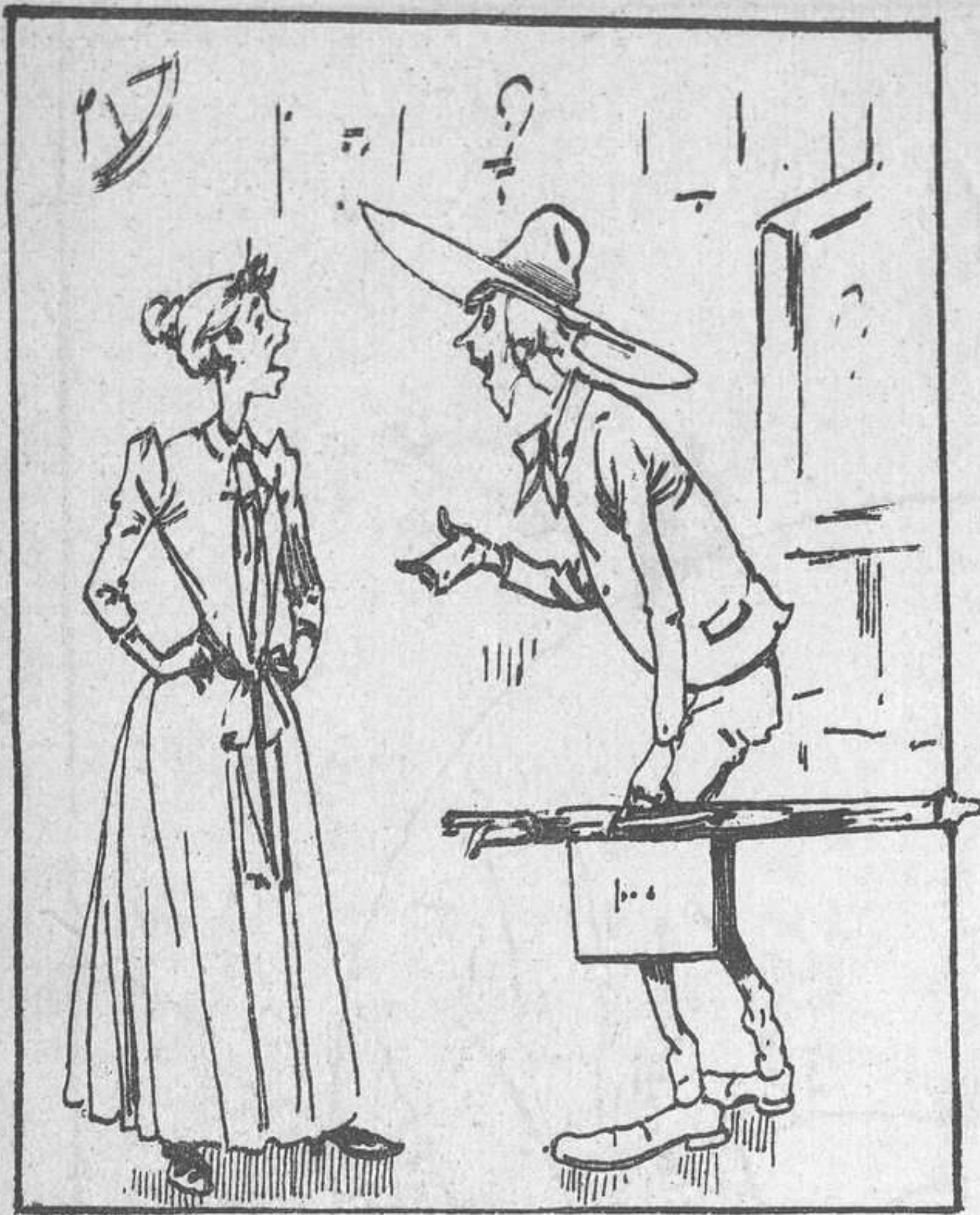
Cuando vamos al circo y vemos á esos *excéntricos* notables que juegan con media docena de cuchillos y sostienen en la punta de la nariz una varita sobre la cual gira vertiginosamente un plato, creemos de buena

ALEGORÍAS, por Angel



La mañana de verano.

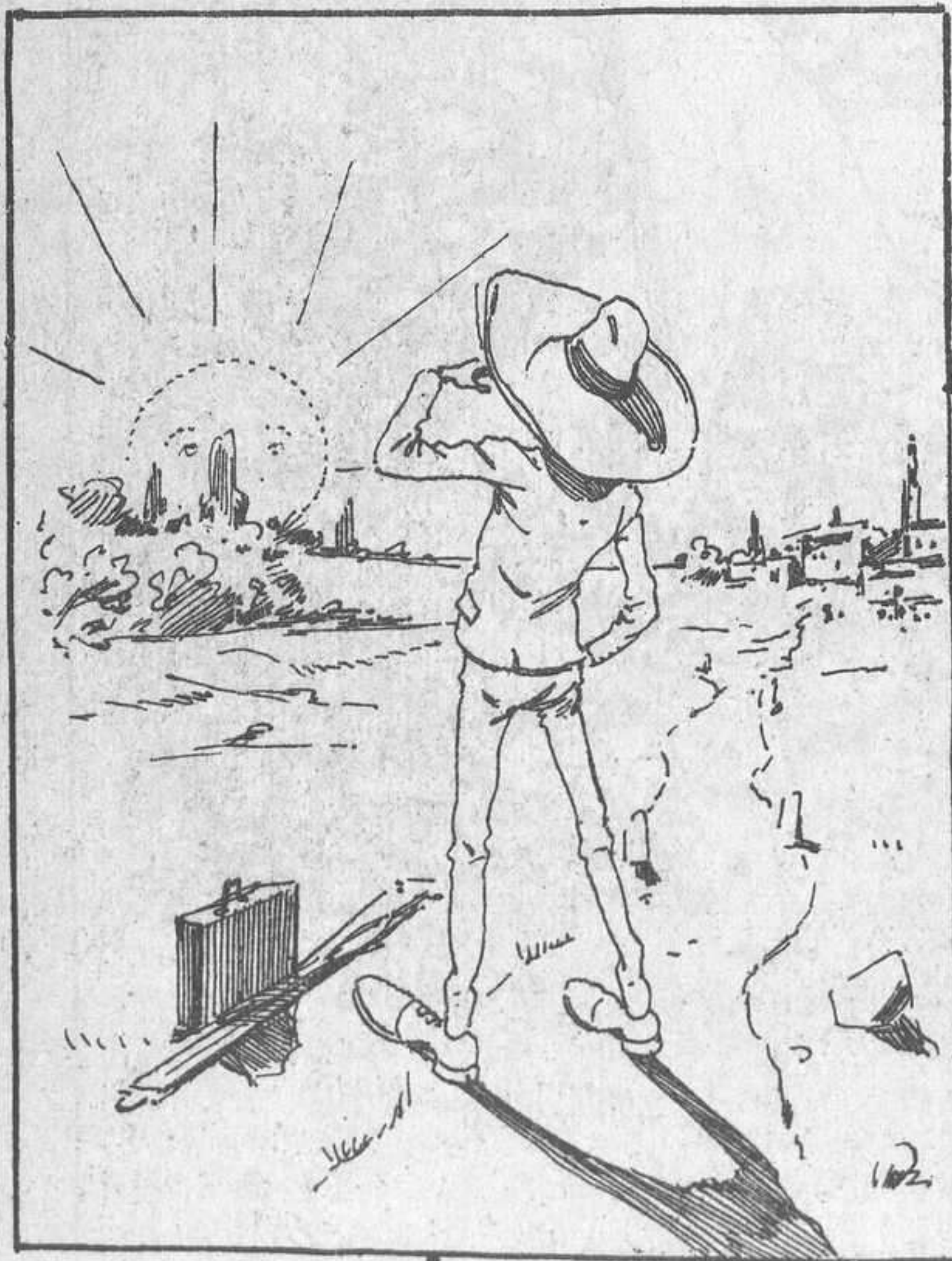
NO GASTES BROMAS CON FEBO



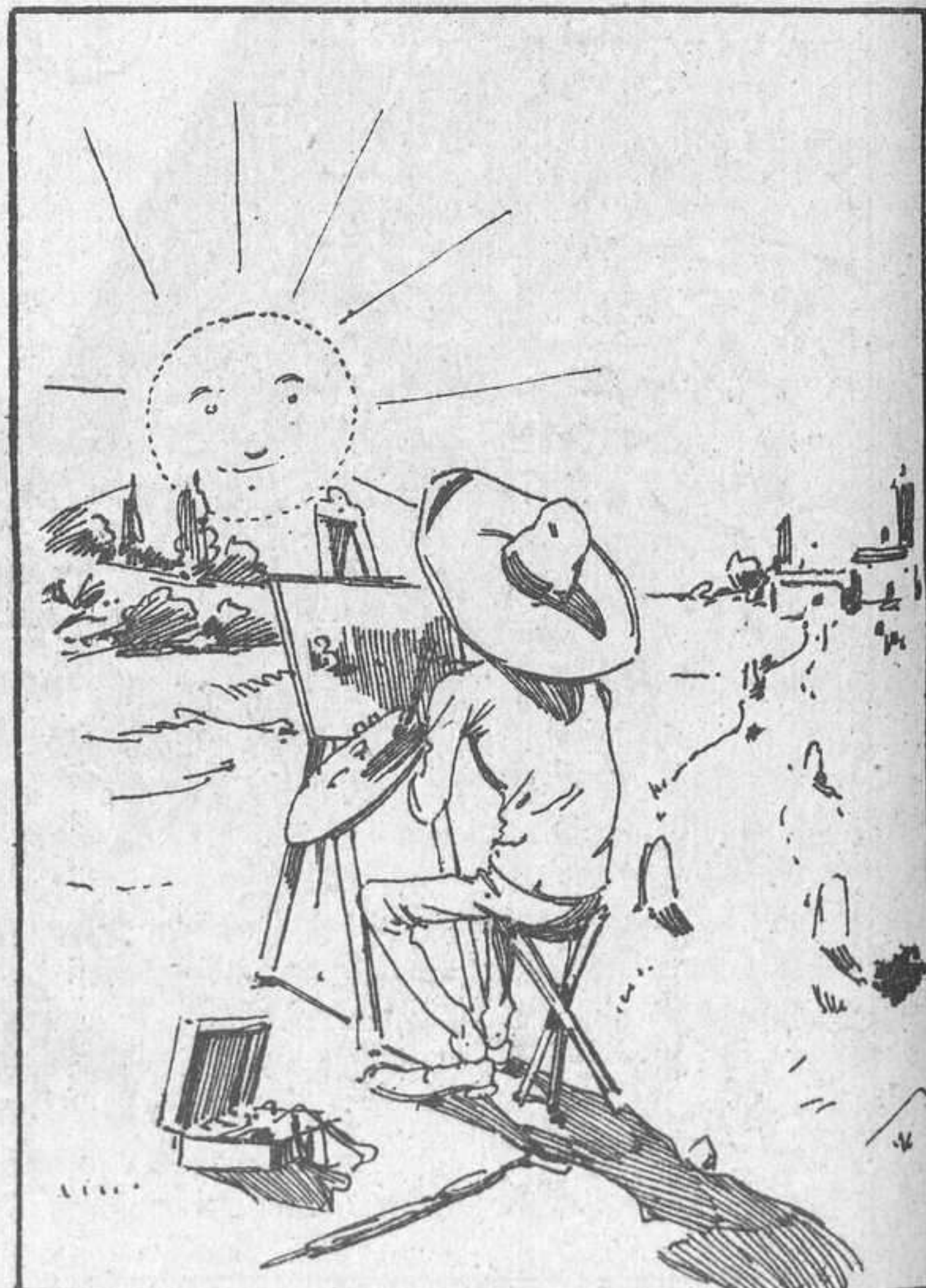
—¡Oh! Una salida de sol nos dará honra y dinero.



—¡Vaya si nos darál!

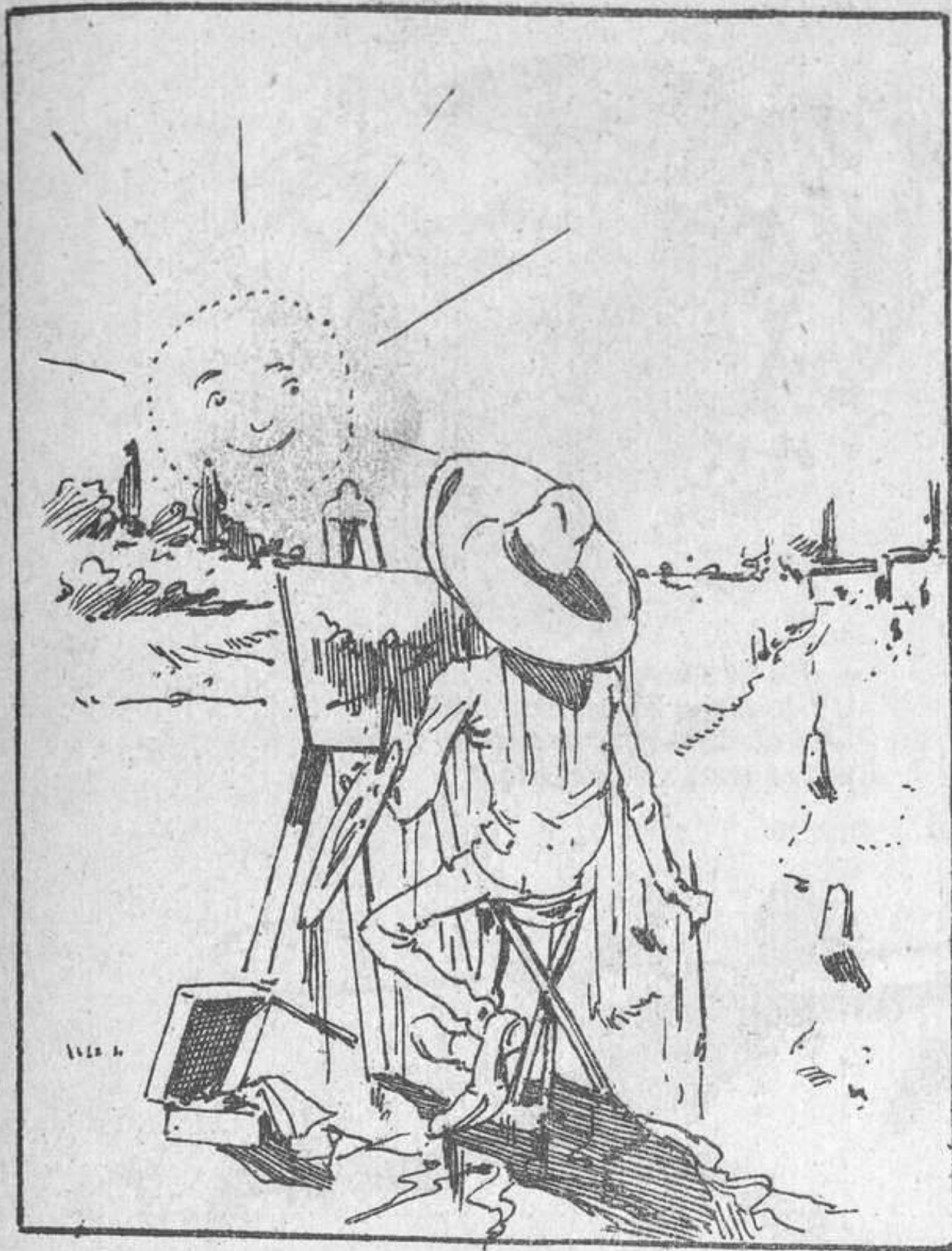


—Pára y mirame: ¡oh sol! yo te saludo.

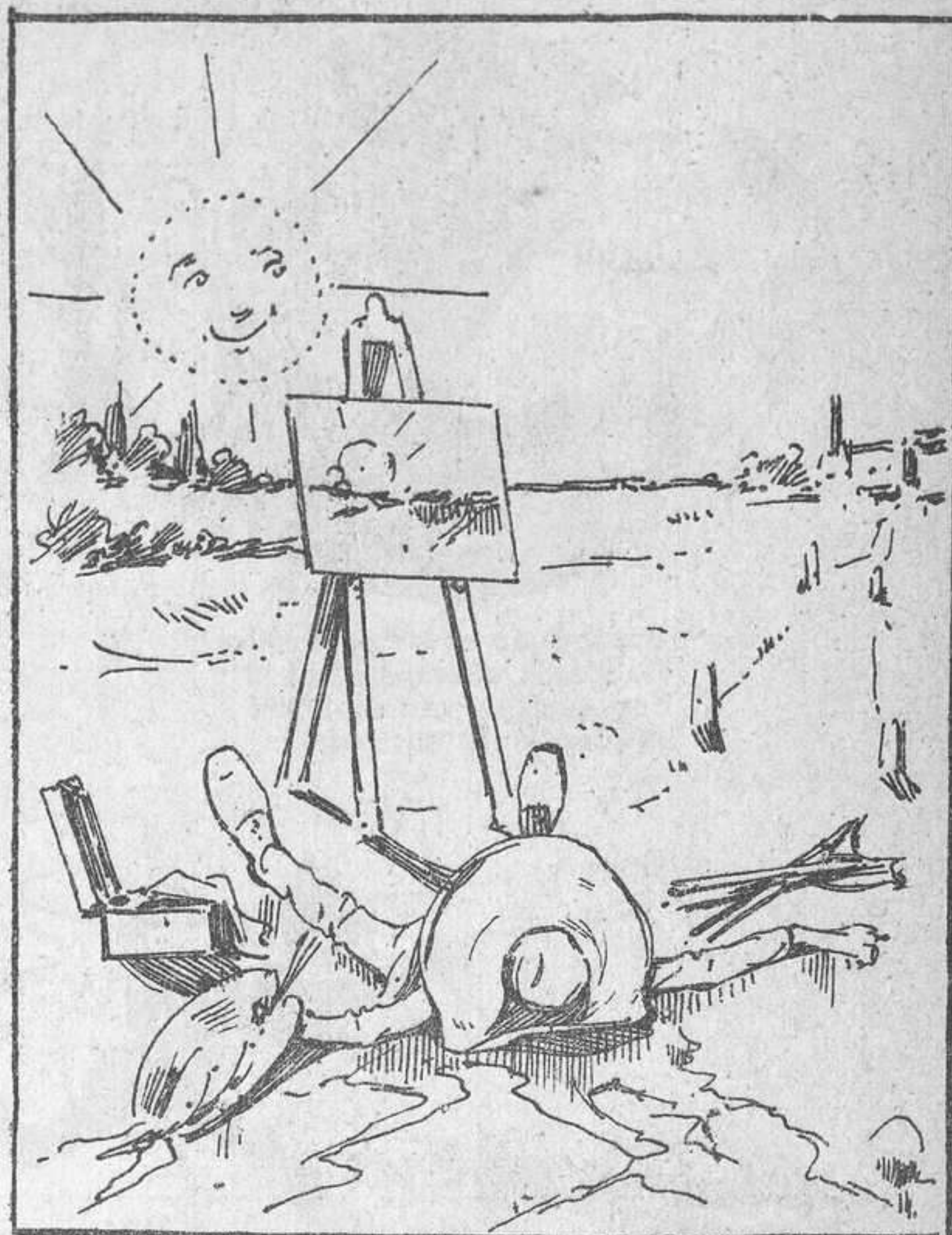


—¡Y parece que se ríe el muy...!

Ó EL PINTOR DE PALOMEQUE



—Vaya, que no puedo mirar esa cara sin sudar... de coraje.



—¡Ay! ¡Parece que me deslumbra el que yo he pintado!



¡.....!



—Ahora veremos si puede V. pintar una salida de tabardillo.

PERRERÍAS



La ley ¿no es ley para todos?
¿No somos ante ella iguales?
¿Pues por qué van sin bozal
los guardias municipales?



—¿Es San Pedro calvo? Si.
—¿Y le pican los mosquitos?
—¡Es claro!—¿Y por qué no manda
que les pongan bozalitos?



¡San Pedro, y á ellos!



—Supongamos que es una verdad lo de la trasmigración de las almas; que V. se vuelve perro y que le ponen bozal. ¿Qué diría V. entonces?
—No diría nada... *laduraría*.

fe que la cosa es fácil de realizar; y en cuanto tenemos ocasión, ya estamos haciendo experimentos sobre la cama; pero á lo mejor se nos viene encima el plato, los cuchillos y la vara, ó bien perdemos el equilibrio y vamos á dar con la cabeza contra los boliches del catre, produciéndonos descalabraduras de consideración. Entonces es cuando comprendemos los peligros que encierra la manía de «hacer títeres» y la razón que tienen nuestras esposas al decirnos:

—El día menos pensado vas á tener un disgusto serio. Déjate de juegos peligrosos, que estás acabando con la vajilla.

Anda por ahí un fosforero que parece un sapo y tiene en la espalda una chepa lo mismo que un saco de noche.

—¿De qué ha sido eso?—le preguntamos en cierta ocasión.

—De la gimnasia—nos contestó.—Mi papá, procurador acreditado, que era loco por el circo, andaba siempre por casa en calzoncillos de punto, y todo su empeño

consistía en cogerme por las piernas y ponerme de pie en los hombros. Un día me dejó caer sobre una cómoda y me rompió por el eje. A él se le fué la cabeza y cayó sobre mi madre, que estaba en meses mayores y falleció á consecuencia del susto. Mi padre quedó resentido del brazo y tuvo que dejar la «procura»; desde entonces la situación de mi casa se hizo insostenible y yo tuve que dedicarme á la venta de fósforos.

—Y su papá, ¿vive?

—Sí, señor; vive, pero con vilipendio. Estaba en una portería del barrio de Pozas; pero una tarde se empeñó en enseñar á una criada á dar volteretas y la rompió el espinazo; á consecuencia de lo cual le llevaron á la cárcel y allí está pudriéndose hace diez y ocho meses.

No nos cansaremos de aconsejar á nuestros lectores que huyan de la gimnasia casera, si quieren conservar á su familia.

LUIS TABOADA.

LA MUJER PERFECTA

Era, según la historia, el tal Emilio, uno de esos amantes de la ciencia que al estudio consagran su existencia y van á dar al fin en San Baudilio. El día en que cumplió los treinta años pensó Emilio en casarse, y para no sufrir los desengaños de que había oído á muchos lamentarse, dióse á buscar mujer que no tuviera nada por que ninguno la tachase, una mujer que fuera el tipo más perfecto de su clase. Y una vez encontrado este tipo ideal, por él soñado, pensaba nuestro hombre estudiar con cachaza á su futura, antes de darla ante el altar y el cura amor, honra, fortuna, mano y nombre.

* * *

Pasaron muchos años, y con tenaz empeño, que era asombro de propios y de extraños, Emilio continuaba buscando la mujer que era su sueño, pero no la encontraba. ¿Una mujer perfecta? No hay ninguna; pues, según ilustrados pareceres, hasta en la misma cuna dejan de ser perfectas las mujeres.

* * *

No es detalle preciso en esta historia saber en dónde Emilio encontró á Gloria, una de esas rubitas ideales con ojos celestiales, de esos ojos que prestan con sus luces el color á los cielos andaluces y el calor á las zonas tropicales. —¡Eureka!—dijo Emilio;— ¡aquí está la mujer que yo he soñado! Y comenzó un idilio tierno y apasionado, digno de ser cantado por Virgilio. Siempre fiel á su eterna chifladura, con la intención más recta, tomándola por una asignatura, dedicóse á estudiar á su futura; y la halló tan perfecta, que, como era del caso, se afirma que le dió más de un repaso. Y entonces, nuestro hombre le ofreció, sin temer ningún fracaso, amor, honra, fortuna, mano y nombre.

* * *

El pobre Emilio está desconsolado; pues, según las noticias que me han dado las personas que están bien informadas, ¡á los ocho ó diez días de casado le pegó su mujer dos bofetadas!

MANUEL SORIANO.

PROTESTA

Señora: No aguanto más.
No hable V. de mi jamás;
cese V. en ese trabajo,
por arriba, por abajo,
por delante y por detrás.

Pues ha llegado á mi oído
que, con todo el decidido
propósito de ofenderme,
me pone V. de perdido
que no hay por dónde cogermé.

Diciendo, entre otros primores,
que los cómicos y autores
tratan la moral tan mal,
que siempre está la moral
perdida entre bastidores.

Que estoy corriendo la tuna
y gastando una fortuna
con gente de poco pelo,
y que no tengo ninguna
ni en la tierra ni en el cielo.

Que estoy dado á la alegría
y suelo pasar de jota
sin descanso noche y día,
y que me juego á una sota
entera la hacienda mía.

Se esfuerza V. en repetirlo
á todo el que quiere oírlo,
que me acuesto con la aurora;
y eso no es verdad, señora,

aunque me esté mal decirlo.

¿Pero V. qué se ha creído?
Usted ¿qué se ha figurado?
Confieso que, sorprendido,
ni sé por quién me ha tomado
ni con quién me ha confundido.

¿Desde cuándo los amores
no son entre bastidores
inocentes amoríos?

¿Cuándo han existido *líos*
entre coristas y autores?

¿Que todo mi capital
se lo va á llevar pateta?
No me haga V. hablar mal.
¡Si no tengo una peseta
desde tiempo inmemorial!

Usted va á hacer que me ciegue
y con sus frases dañinas
á la indignación me entregue.
¿Yo jugar? ¡Como no juegue
al marro ó las cuatro esquinas!

Con que no siga V. así;
deje V. tan bajo oficio,
y si perdido viví,
cuando Dios me llame á juicio
no responda V. por mí.

CELSE LUCIO.

ESCUCHA...

Cuando al cabo, ya rendida
del placer, caigas cansada,
sin alcanzar la anhelada
felicidad de la vida;

cuando tus ansiosos ojos
con mirada fría y yerta
vean una senda cubierta,
de peñascos y de abrojos;

cuando sientas la amargura
que en mi dolor te he pintado,
y buscando al sér amado

él cause tu desventura;
cuando encontrando desdén,
infortunio y desconsuelo,
busques la paz en el cielo
y te la niegue también;

cuando ya no te socorra
nadie, ni te ampare nada,
entonces, ¡ay, desdichada!...
¡te puedes ir á la porra!

SEGUNDO LOZANO.



Algunos colegas no creen que Isasa pueda ocupar el puesto vacante en la Academia, por muerte del insigne Alarcón.

Nosotros creemos que sí, fundados en dos razones:

1.^a Que Isasa no sabe hablar, escribir ni contar.

2.^a Que Fabié tiene medalla de las de la calle de Valverde.

Porque en tierra de *Fabieses*, Isasa es el académico. Y Fabié el boticario.

Aunque quizás la idea de ese nombramiento, obedezca á un sentimiento de equidad.

El impuesto á los vendedores de legumbres y frutas, pesa tanto sobre las conciencias de los ministros de pocos alcances, que tratan de compensar á los *contribuyentes* dándoles gratis los géneros.

Y van á conseguirlo: porque á este paso, bastará mover cualquier puerta de la Academia para que caigan camuesas.

*
**

Esbelta cual la palma del desierto,
más airosa y gentil
que se mece el clavel sobre su tallo,
ayer te conocí.

Tu blanco rostro, tus azules ojos,
tus labios de coral
y tus doradas trenzas, consiguieron
mi mente ilusionar.

Y te seguí hasta el circo, bendiciendo
las huellas de tus pies;
pero... al verte en el agua boca abajo,
me desilusioné.

PEDRO MATA.

*
**

Los ingresos por el impuesto de consumos bajan que es una bendición.

Y eso que cuando nosotros nos acostumbramos á no comer, viene una embajada marroquí á engullirse veinte docenas de huevos cada día.

Pero ahora recordamos que los huevos no pagan derechos.

Y sinó, que lo diga el bienaventurado Pepe.

*
**

Hablando con Teodora
la encantadora Librada
repetía entusiasmada:
«Mi marido da la hora»;
y dicen que no mentía,
pues con la vara mediana
le sacude la badana
doce veces cada día.

JOSÉ GIL REGUERA.

*
**

En una becerrada llevada á cabo hace cinco días, le clavaron una banderilla á un niño de corta edad.
¡Cielos! ¡Hasta dónde llega la afición!



Carità de Ajo.—Los que tienen cara de alcachofa, son esos monitos. No se puede sentar plaza de general, amigo mío.

Farolillo.—Está bien escrita; pero cuando se sostiene la expectación del lector y al final se dice una vulgaridad, el lector exclama «¡¡¡Ah!!!» Ya ve V. si ese ¡ah! es horrible.

Sr. D. A. de O.—Madrid.—¡No, por Dios! Ya se les ha dicho mil veces á las coristas que enseñen las piernas, aunque no hace falta decirselo.

Luis XV.—Señor, V. M. es poco original.

Sr. D. A. D. y A.—Madrid.—¡Si V. supiera que el público no gusta de acertijos! Los originales no se devuelven.

K. Letre.—Mire V.: Peral está enfermo y tiene familia. Guardemos el soneto y evitemos desgracias.

Sr. D. A. R. Z.—Córdoba:

«Colón, el gran Colón que atravesando
el ancho piélagos las *holas* atajaba

¡Hola, hola!

y veía horizontes, avanzando,
so el aparejo de la nave estaba...»

Bien; pero ¿V. sabe lo que significa so? ¡E! decir... relacionándolo con el aparejo, es fácil que sí lo sepa!

P. Lusa.—Convengamos en que ese procedimiento está gastado, y para que resulte debe ser ingeniosísima la salida.

Pau Palau.—¡Voto va Deu! ¿Aún vive V., malandrín, verdugo de la retórica?

R: R. R. etc.—Larga y sin novedad, pero con ripios. ¡Siempre es un consuelo!

Sr. D. F. de E.—Sirven las humoradas. La composición no, porque tiene conceptos muy atrevidos y la idea es antigua.

Papamoscas.—¡Ahí va eso!

«Rodolfo enristró la lanza
y gritó con fiereza atroz;
pero el enemigo entonces
pronto le soltó una coz...»

¡Ah, demonio! Luego el enemigo de Rodolfo era V.

Sr. D. A. S. J.—Sevilla.—No lo crea V. Es que enían cosas muy malas; cuando merecen la pena, se publican.

Sr. D. L. Z. y R.—Dice:

«lo cual os probará, lectores caros,
que Juan Cotos y Pato son muy bárbaros.»

Me parece que al último renglón le sobra una sílaba y que no está bien de acento ni aconsonanta. ¿Y á V., qué le parece?

El Maestro.—¡Hombre, no tanto! También tenemos lectoras *castas é puras*.

A. P. Tio Pau.—Valencia.—Ahí va, para honra y prez de la literatura española:

«Un criado muy ceñudo
una señora tenía
que de él lo que quería hacía,
y le decía á porfía
con contundentes razones:
déjeme V. á mí labrar...»

¡Ah! ¡Pues si V. hiciera lo que el criado!...

VIUDA É HIJOS DE LA RIVA, impresores, calle de San Isidro, 6 duplicado.—Teléfono 260.



EL CASCABEL

SEMANARIO SATÍRICO ILUSTRADO

Se publica todos los jueves y está redactado e ilustrado por los mejores escritores y dibujantes españoles.

Precios de suscripción en toda España: trimestre, 1'50 pesetas; semestre, 3; año, 6.

Extranjero y Ultramar: semestre, 6; año, 10.

Precios de venta: Número suelto ó atrasado, 10 cént.

No se admiten suscripciones por menos de un trimestre,

tre, y las de fuera de Madrid, así como los números atrasados, no se servirán si al pedido no se acompaña su importe en letras, libranzas ó sellos de franqueo.

Los señores suscriptores tienen derecho á recibir gratis todos los números extraordinarios que se publiquen, como asimismo el Almanaque de EL CASCABEL; y los que lo sean por un semestre, á la inserción de un anuncio, por una sola vez.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

calle de San Isidro, núm. 6 duplicado.

(Teléfono 260.)

HORAS DE OFICINA: TODOS LOS DÍAS DE 10 Á 5

PUNTO CENTRAL DE SUSCRIPCIÓN

LIBRERÍA DE DON FERNANDO FEY

Carrera de San Jerónimo, 2.

EL ÁGUILA

GRAN BAZAR DE ROPAS HECHAS

3 — Preciados — 3

Ocasión

Se vende un hotelito en las afueras de Madrid, á muy corta distancia de estación de tranvía, por 10.100 pesetas. Razón: San Isidro, 6 duplicado, Administración de este semanario.

¡Á VESTIRSE BARATO!

Trajes á medida de 25, 30, 35, 40, 45 y 50 pesetas, á escoger género. Sastrería de Francisco Sánchez,

10—Plaza Mayor—10

DOLOR DE MUELAS

Lo cura sin operación

CALVO, DENTISTA

Caballero de Gracia, 30, pral.

PERFUMERÍA FRERA

Primera casa en perfumería fina, peines, peinetas de concha, marfil é imitaciones; cepillería fina y demás objetos de tocador.—Especial en blancos y tintes.

1, Carmen, 1, Madrid

CARLOS PRAST

CONFITERÍA Y ULTRAMARINOS

8—ARENAL—8

(Teléfono núm. 283.)

RELOJES

Ancora plata, remontoirs, á 29 pesetas; de acero, á 20; de níquel, á 10. Roskopf legítimos, á 35. Composturas, con garantía, á mitad de precio. Especialidad en las de cronómetros y repeticiones. Se encarga de dar cuerda á domicilio.

Sal, 2 y 4, relojería

(Casi esquina á la calle de Postas.)

Enfermedades del estómago

PASTILLAS COMPRIMIDAS DE RUIBARBO DE COIPEL

Inapetencia, dispepsia (digestión difícil), estreñimiento, flato, antibilioso, purgante suave y seguro.

Barquillo, 1, Farmacia.

NAPOLEÓN

FOTÓGRAFO

Especialidad en reproducciones ampliadas y en retratos de niños. Medalla de oro.

14—Príncipe—14

Islas Carolinas

Grandes rebajas en sedería, lencería, pañería, pañolería, percaletería, género blanco, mantelería, lencería, camisería, confecciones, bordados y géneros de punto. Única casa en Madrid que hace toda clase de confecciones á la medida, 50 por 100 más barato que las fábricas.

47—Fuencarral—47

GRAS

BASTONERO

Alcalá, 40, y Príncipe, 22.

Bebé Parisián

JUGUETES

5—Barquillo—5

SORIA

JOYERO

18—Magdalena—18

JOSÉ MARÍA



CALAHORRA

ENCUADERNADOR DE LA REAL CASA

Se hacen encuadernaciones de todas clases.

Condiciones ventajosas para los señores autores y editores.

Carteras y carpetas.

Calle de San Isidro, número 3, MADRID.

NOTA. Se pasará á recoger los encargos avisando por el correo.